

Margarita Díaz-Andreu*

Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo¹

*By what authority does archaeology
exist, and how is it justified?
Who benefits from its practice, and what is its purpose?*

Alain Schnapp, *The Discovery of the Past*, 1993, p. 11

Europa se ha visto conmovida en esta última época por convulsivos cambios políticos: la Perestroika y el posterior desmembramiento de la URSS, la caída del Muro de Berlín, la proclamación de las distintas democracias en el Este, la guerra en Yugoslavia, el protagonismo tomado por la Unión Europea obsesionada con tendencias unificadoras que a su vez son compensadas con la cada vez mayor autonomía regional en países como España y Gran Bretaña... y todo ello en nombre de, o acompañado por, el resurgimiento de una ideología que ya se creía olvidada, el nacionalismo y por su creencia en el carácter esencial de la nación. La arqueología, como han demostrado ampliamente trabajos que luego citaré, nunca ha sido indiferente a los cambios políticos. Ésta forma parte de las estrategias sociales que arqueólogos y arqueólogas mantienen, bien para entender el mundo en el que viven, para explicarlo, o para crearse un puesto en la escala social aludiendo a problemas en voga en el momento. Así pues, el profundo cambio en el plano (y en el mapa) político actual que ha afectado en especial a Europa es el elemento clave para entender que haya sido fundamentalmente en el Viejo Continente donde se ha producido en estos últimos años un interés en el estudio de la contextualización política de la arqueología, y en investigar el papel del nacionalismo en el devenir arqueológico.

El análisis de la relación entre una teoría política —el nacionalismo— y la ciencia arqueológica ha constituido uno de los campos de estudio de mayor crecimiento en los años noventa. Esto no significa que sea ésta la primera vez que

*Department of Archaeology, University of Durham.

¹ Este artículo fue presentado en el coloquio "Perspectivas y Desarrollos de la Arqueología Europea", organizado por el INAH, México, diciembre de 1997.

se reflexiona sobre este tipo de materia, ya que menciones al uso y abuso de los datos arqueológicos con fines políticos se encuentran salteados en numerosos escritos (Clark, 1957: 257-261; Bernal, 1980; Himmelmann, 1976; Fowler 1987, etcétera) y, autores como Trigger (1984) le dedicaron una atención especial. En esta década de final de siglo se ha producido, sin embargo, lo que podríamos considerar una explosión en este tipo de estudios. Se han publicado casi al mismo tiempo tres libros acerca del tema, el más general, de Kohl y Fawcett (1995) titulado *Nacionalismo, Política y la Práctica de la Arqueología*; otro derivado de un congreso, *Nacionalismo y Margarita Díaz-Andrew, Arqueología* (Atkinson *et al.*, 1996), y finalmente el coordinado por Timothy Champion y Margarita Díaz-Andrew, *Nacionalismo y Arqueología en Europa*. Estos libros se ocupan principalmente del caso europeo y en menor medida del asiático. En el tema América Latina se centran los trabajos de Enrique Florescano (1993), Augusto Oyuela Caycedo (1994), Don Fowler (1987), Gustavo Politis (1992, 1995), Mónica Quijada (1994a, 1994b, 1996), Luis Vázquez León (1996), José Luis Lorenzo (1982, 1986, 1997), Irina Podgorny (1995, 1996, 1997), Irida Vargas Arena (1997) y otros que citaré más adelante. De estas investigaciones se deduce que existen evidentes similitudes pero también grandes diferencias con el caso europeo a las que haré alusión a lo largo de este trabajo. Pese a mi atrevimiento de tratar el tema del nacionalismo en referencia a un área geográfica con la que estoy poco familiarizada, espero que estas notas sean útiles y aporten una visión general comparativa para todos aquellos que se adentren en estos, a veces, tan espinosos asuntos.

En general podemos dividir a los estudiosos del nacionalismo en: *primordialistas*, quienes caracterizan a éste como una teoría política apoyada en la existencia real de un grupo pre-nacional calificado como étnico (Smith, 1994: 706), e *instrumentalistas*, grupo más numeroso, quienes consideran que la nación es en cierta forma un producto creado por las élites con el fin de movilizar a las masas (Kedourie, 1982

[1960]; Breuilly, 1982; Gellner, 1983; Hobsbawm, 1990; Anderson, 1991). Smith (1988) divide los tipos de nación en cívicas o territoriales y étnicas o genealógicas. La primera, que correspondería al modelo francés, es aquella que tiene su base en los ciudadanos que habitan un determinado territorio, que tienen iguales derechos y obligaciones, un sistema educativo universal y que comparten una ideología cívica común. La segunda, asociada al modelo alemán, sería aquella que considera las naciones como formadas por individuos que comparten una historia pasada común y que por tanto muestran una cultura diferenciable. Estos conceptos, que en principio podrían parecer diametralmente opuestos y de hecho en distintos momentos históricos, tuvieron un peso diferente —el primero será el que sirva de base a la Revolución francesa y el segundo a la unificación alemana e italiana del siglo pasado—, en la práctica difícilmente se diferencian y su abandono como base de análisis parece lo más adecuado. Son dos caras de la misma moneda y así las trataré en este trabajo.

Una obra que ha tenido una gran influencia en la forma en que se ha entendido el nacionalismo es la de Eric Hobsbawm (1990). Para este autor el nacionalismo, siguiendo a Gellner, sería fundamentalmente el principio que mantiene que la unidad política y nacional debe ser congruente (1990:9). Se muestra de acuerdo con Hroch (1985) en cuanto a las fases por las que pasa la formación de la idea de una determinada nación: una primera puramente cultural, literaria y folklórica en la que no tiene implicaciones políticas o ni siquiera nacionales, una posterior en la que surge la "idea nacional" por parte de un conjunto de pioneros y militantes que cunde en la tercera y última fase en la que la idea de nación se ha impuesto (1990:11). Hobsbawm (1990) divide la historia del nacionalismo en varios periodos que nos pueden servir como ayuda para visualizar la imbricación de la arqueología en el proceso y que en este trabajo se emplean como armazón argumentativa: la época tras la Revolución francesa, la transformación del nacionalismo entre

1870 y 1918, y el apogeo del nacionalismo entre 1918 y 1950.

Un último especialista cuya obra me parece importante comentar es Benedict Anderson (1991). Este autor argumentó la importancia de la percepción en el nacionalismo, aunque en este ensayo quizá no insista tanto en dicha noción, ha sido básica en otros análisis más detallados acerca de la relación entre el nacionalismo y la arqueología en España que he llevado a cabo (Díaz-Andreu, 1998a). Señala Anderson que las naciones no se pueden describir como simples invenciones de los nacionalismos, de las élites, sino que su importancia reside en que son una comunidad política imaginaria, ya que ningún individuo podrá nunca, por muy pequeña que sea su nación, conocer o ni siquiera oír de gran número de otros miembros de su comunidad y pese a ello mantienen todos una imagen de ésta. Para Anderson (1991) la posibilidad de imaginar la nación sólo se hizo factible históricamente en el momento en que ciertas concepciones fundamentales perdieron su carácter axiomático: la religión, el poder monárquico central y absolutista y el concepto de tiempo. Estas últimas ideas, quizá más discutibles, han sido recientemente contestadas en lo referente al caso de la religión por Adrian Hastings (1997).

Estos estudios llevados a cabo por sociólogos e historiadores han reflexionado de alguna manera en cómo la búsqueda del pasado histórico se relaciona con el intento de formalizar la idea de la nación, pero sus propuestas se han visto en gran medida complementadas en estos últimos años por los trabajos publicados por parte de arqueólogos/as que lógicamente han profundizado de una manera más concienzuda en la implicación directa de nuestra disciplina en el desarrollo del nacionalismo. Numerosas investigaciones se han centrado en los casos más llamativos que tienen que ver con el abuso de la arqueología por parte de regímenes totalitarios, como la Alemania nazi y la Italia fascista (véase Clark, 1957:257-261; Bollmus, 1970; Daniel, 1975:323; Losemann, 1977; Schnapp, 1977, 1980; Guidi, 1988:63-70, 1996; Veit,

1988; Arnold, 1990; Torelli, 1991; Wiwjorra, 1996, y otros artículos citados en éstos), por no decir el de la España franquista (Díaz-Andreu, 1993, 1997a; Gilman, 1995), pero sobre todo en los últimos años tratan temas que no son tan conocidos o evidentes (Kohl, 1993; Sklenár, 1981; Slapsak, 1993). La intención en este ensayo es ofrecer una exposición coherente de la complejidad de la relación entre arqueología y nacionalismo, para lo cual me basaré en estudios realizados desde la arqueología y la historia. Mi hipótesis inicial de trabajo es que la profesión arqueológica no existiría si el nacionalismo no hubiera triunfado como ideología política. Esta afirmación lleva a implicaciones que más adelante analizaré con detalle, aunque no significa que la búsqueda del saber que en principio nuestra disciplina persigue quede automáticamente ridiculizada. Más bien definiendo que ser conscientes del contexto sociopolítico en el que se formulan y avanzan nuestras ideas es imprescindible para hacer la mejor ciencia posible.

Mi relato será pretendidamente lineal por un ánimo simplificador, pese a que el estudio de biografías de los protagonistas de cualquier historia muestra un panorama infinitamente más complicado. El análisis de las historias personales nos muestra que un mismo individuo puede mantener posturas contradictorias, justificar en unos trabajos la nación subyugada y en otros la subyugadora, en las mismas o distintas épocas de su vida, y que identidades distintas a la nacional, como la étnica, la religiosa y otras menos evidentes como la de género o la misma situación social y económica del sujeto, influyen en su quehacer profesional y en las interpretaciones acerca del pasado derivadas de aquél. Por eso son tan necesarias las reflexiones detalladas, para entender las complejidades de los procesos que aquí sólo estoy delineando y que por tanto no incluiré en mi exposición.

La búsqueda de una Edad de Oro y los comienzos de la arqueología

Como Anthony Smith arguye, el concepto de la nación no se puede sostener sin un pasado

adecuado y sin un futuro creíble, lo que requiere que la comunidad se anuncie posesora de una historia y un destino (Smith, 1997:36). Esto se relaciona con una de las paradojas ya apuntadas por Benedict Anderson (1991:5): la objetiva modernidad de las naciones *vs.* su subjetiva antigüedad. Según Smith, el pasado —esa parte del pasado seleccionada para formar parte de la historia nacional— debe tener varias características: debe ser útil a las élites, que emplearán un conjunto de aspectos de la historia para manipular las emociones de las masas; por otra parte, debe permitir la legitimación del cambio social; en tercer lugar ha de contener una serie de *exempla virtutis*; en caso de que haya algún conflicto de tipo territorial ha de justificar los derechos a la zona en disputa, y por último ha de ser lo suficientemente maleable (Smith, 1997:37-39). Como este autor subraya, la apropiación colectiva del pasado antiguo, y en especial la memoria compartida de una Edad de Oro, contribuye significativamente a la formación de las naciones. Una Edad de Oro gloriosa ayuda a movilizar a la gente en torno a una cultura común y a permitir la unificación de grupos diferentes reconocidos ahora con una identidad nacional que intuyen compartir (Smith, 1997:39).

La necesidad de un pasado glorioso para la nación, de una Edad de Oro, es la causa de que la formación del Estado moderno que se produce desde finales del siglo XVIII lleve a un aumento significativo de la importancia del estudio del pasado, de la historia. Para que el estudio del pasado sea efectivo la labor del historiador y del arqueólogo ha de profesionalizarse, lo que produce que en el siglo XIX se pase de una concepción de la historia como afición erudita a otra en la que es considerada como una labor profesional. Desde la Revolución francesa (1789) los Estados, que ahora se definen políticamente como *Naciones*, consideran necesario contar con la narración de su pasado e institucionalizar por un lado la historia y por el otro la arqueología como un derivado de aquélla. Este proceso cristalizará en la segunda mitad del siglo XIX y alcanzará su punto álgido en la pri-

mera mitad del XX para después mantenerse como algo naturalizado hasta la época contemporánea.

Siguiendo las hipótesis de los instrumentalistas —con quienes concuerdo—, la razón por la que el nacionalismo político surge a finales del siglo XVIII y por tanto hace posible la formación de la arqueología como disciplina científica es la ruptura con el antiguo régimen, la posibilidad de la abolición de la monarquía (de proclamar repúblicas) y debido a ello la necesidad de legitimar la ascendencia de parte del tercer estado, la *intelligentsia*, a gobernantes de la nación. Los relatos monárquicos en forma de crónicas e historias literarias no valen ya, hay que crear narraciones que tomen como protagonistas a los que en el régimen anterior se hallaban en la posición jerárquica más inferior, y la forma de hacerlo es tomando prestado el concepto de nación, un concepto prestigioso, ya que tiene por sí mismo una solera que lo legitima: sobre él los eruditos han estado reflexionando desde comienzos del Humanismo. 1789 es mi punto de partida, aunque cabe decir que, como siempre pasa en estos casos, en un análisis detallado la fecha no deja de ser un tanto arbitraria. La Revolución francesa lleva a la definitiva emergencia del concepto de nación como clave en la formación del Estado moderno.

Es necesario apuntar que mis opiniones difieren de ciertos autores que recientemente han contrapuesto el nacionalismo a el patriotismo (a lo que expongo a continuación se puede añadir otro ejemplo, aunque alejado del arqueológico, en Leerssen, 1996). Según David Brading (1994:88) el nacionalismo se vio precedido y solapado por el republicanismo clásico cuya expresión política encontró lugar en la Revolución francesa. La doctrina republicana, según este historiador, “afirmaba que el hombre [*sic*] era esencialmente un animal político que encontraba su autorrealización como ciudadano de una república libre, alcanzando gloria en su servicio y siempre estando dispuesto a sacrificar su vida en defensa de la patria” (Brading, 1994:88, la traducción es mía). Disiento, sin

embargo, de la tajante contraposición entre nacionalismo y patriotismo que éste y otros especialistas proponen, pues como ya he comentado la vertiente cultural del nacionalismo proveniente del pensamiento alemán tuvo que estar desde un primer momento presente en el patriotismo, al estar el concepto de patria íntimamente asociado al de nación, como lo han propuesto otros autores. Kedourie, por ejemplo, discute cómo la Revolución francesa defendió que grupos que no quisieran vivir bajo un gobierno tenían en principio el derecho de formar un nuevo gobierno y así formar una nación propia, lo que según el autor no quisieron hacer los alsacianos en aquella época (Kedourie, 1988:6). Es indicativo cómo en la explicación propuesta por Kedourie las ideas de la Ilustración que dieron lugar a la Revolución francesa (las ideas asociadas a la patria) se encadenan sin solución de continuidad con las provenientes de autores como Herder y Fichte (es decir, al pensamiento originario de la nación cultural) (Kedourie, 1988, *passim*, esp: 52-53). La patria, por otra parte, necesitaba al igual que su hermana la nación de una historia que la legitimara, de una Edad de Oro que la justificara.

La búsqueda de la Edad de Oro de la nación se basará, en la mayoría de los países, en un primer momento en el estudio del pasado recogido en el documento escrito. La institucionalización de la historia, por tanto anterior a la de la arqueología, se verá acompañada por la profesionalización, la labor de archivero y de bibliotecario y para hacerla posible será necesaria la reforma de los planes de estudio y de la forma de enseñar en la universidad. Sólo más tarde le llegará su turno a la arqueología, que se ha hecho imprescindible para poder solucionar problemas que los documentos más antiguos no pueden resolver. La excepción a este patrón es Dinamarca y hay circunstancias políticas muy particulares que lo explican (Sorensen, 1996). En aquel país hubo una serie de derrotas militares que provocaron la pérdida de gran parte de su territorio y de su flota, esto lleva a los historiadores a buscar un pasado glorioso no en la época histórica, plagada de fracasos,

sino en lo único que les queda, el solar patrio, la tierra. La vida campesina cobra una importancia clave, y ésta, como muestran los túmulos prehistóricos —y por tanto los arqueólogos que interpretan su significado—, fija el pasado danés en los remotos tiempos en los que un idílico campesinado, los antepasados de los deprimidos daneses de principios del siglo XIX, habitaban Dinamarca. La esencia de la nación queda simbolizada en el pasado prehistórico y los responsables de su narración reciben las ayudas —la seguridad laboral— pertinentes que les permite realizar su labor, con logros de todos conocidos como la elaboración del Sistema de las Tres Edades.

Alejándome del tema del que siempre he tratado con mayor holgura, el europeo (véase Díaz-Andreu y Champion, 1996), mis lecturas acerca de la situación en América Latina hacen que resulte obvio afirmar que el nacionalismo fue una ideología importante en la independencia producida en el siglo XIX (*vs.* Brading, 1994). Para que en América surgiera un sentimiento nacionalista opuesto al de la metrópolis que hiciera posible la lucha por la independencia, la *intelligentsia* debía poseer una identidad grupal que la separase de las élites políticas, pero a la vez estar caracterizada por un alto grado de occidentalización que le permitiera adoptar como propias las ideologías que se estaban abriendo paso en el Viejo Mundo. La criollización de las élites en el momento de la independencia presenta un elemento distintivo que no puede ignorarse en los nacionalismos latinoamericanos. Algunos autores (Phelan, 1960; Florescano, 1988, 1997; Smith, 1997:43, pero ver crítica en Vázquez León, 1996:78-79) defienden que en países como México se había ya producido una temprana formulación de una Edad de Oro en el periodo azteca previa a la Independencia. En el extremo opuesto se encuentra David Brading (1994:88), quien ha expresado la opinión recientemente (*vs.* Brading, 1988a: 79) de que no será sino hasta el siglo XX cuando aparezca en Latinoamérica la doctrina nacionalista. No es ésta la opinión de otros historiadores (Florescano, 1997:334ss.).

En la formación del discurso histórico nacionalista los monumentos constituyeron un elemento valioso, cuyo carácter se formulaba en la medida en que se entendían los restos del pasado más antiguo a principios del siglo XIX, herederos de una larga tradición erudita surgida en el siglo XV y XVI. En ésta la descripción de las ruinas y de los elementos a ellas asociadas, principalmente estatuas y —en el caso del Viejo Mundo— monedas, tenía un papel primordial. Este esquema se había adoptado desde un primer momento en la descripción —e incluso excavación, siguiendo el modelo de la metrópoli donde se venía desenterrando ruinas clásicas desde el siglo XVI— de los monumentos mexicanos y de otras partes de las colonias castellanas, dando como resultado un copioso legado (Alcina, 1995) del que bebieron los primeros latinoamericanos independientes. Esta valoración de los grandes monumentos no se hizo sin problemas, ya que evidentemente éstos no se ajustaban al canon clásico. Pese a ello la significación de los restos arqueológicos intentó adecuarse a un discurso nacionalista de corte básicamente europeo, según explico más adelante. Los monumentos comenzaron a venerarse como restos de un pasado glorioso precolombino, de esa Edad de Oro que todo nacionalismo necesita. Donde aquéllos monumentos no existían, el pasado aborígen tendría que esperar todavía al periodo posterior para despertar algún interés como demuestran los casos de Cuba (Femández Leiva, 1992:32), Panamá (Gooke, 1984) o lo que después será Uruguay (López Mazz, 1992).

En los países con monumentos en los que el pasado se integró en la historia nacional desde un primer momento, la recreación del pasado constituyó, como así han resaltado varios autores (Quijada, 1994a), una idealización del mundo indígena anterior, y por tanto no implicaba una aceptación del mundo y de los valores indígenas con el que los criollos tenían un contacto diario. Esta actitud no era sino heredera de la situación anterior. A este respecto creo significativo apuntar un suceso ocurrido todavía en las últimas décadas de la Colonia en México

(Matos Moctezuma, 1988; Florescano, 1993: 86; Alcina, 1995:122-123; Vázquez León, 1996: 79). Tras el descubrimiento de la escultura de Coatlicue en la Ciudad de México se instaló su exposición en el patio de la universidad, tal como se habría hecho en una institución del viejo continente con una escultura griega o romana. La reacción por parte de la población fue muy distinta a la que habrían provocado aquéllas. Para los indígenas la pieza no pertenecía al pasado idealizado del buen indio, sino que se convirtió en un símbolo de sus propias creencias. En sus visitas se produjo un cierto resurgimiento de cultos no cristianos que escandalizó a los promotores de la idea. Como explicaba un obispo catalán en 1805, los indios no se habían interesado por la estatua por el amor nacional, sino por un secreto motivo de religión (Matos Moctezuma, 1990: s.n. p.; 1993:30-31). Esto hizo que finalmente se considerara necesario retirarla de aquel lugar y volverla a enterrar. Tras otro desentierro y entierro —provocado por la curiosidad de Humboldt en 1803— sólo el marco nacionalista crearía las condiciones en las que su nueva salida a la luz sea posible entre 1821 y 1824 (Matos Moctezuma, 1990: s.n. p., 1993:32-33). Ya en el México Independiente, la integración de objetos del pasado precolombino al Museo Nacional de México, abierto en fecha tan temprana como 1825, nos coloca en un contexto espacial muy diferente. En los templos del nacionalismo —los museos—² el pasado queda domesticado, adecuado al discurso nacionalista criollo, alejado de formas distintas a la occidental de aprehender el mundo. En ellos, en el Museo Nacional de México, la exposición de la estatua es de nuevo posible. El marco de referencia es ya definitivamente la nación mexicana.

En el caso de Perú, Mónica Quijada defiende que

...el reemplazo del binomio hispánico "Rey" y "Reina" por el maridaje de la "Patria" con el mítico fundador

² La bibliografía sobre museos y nacionalismo es extensa. Dos trabajos interesantes son los de Kristiansen (1992) y Duncan (1995).

del Imperio Incaico, Manco Cápac, y la institucionalización del interés de las antigüedades indígenas, eran símbolo y espejo a la vez de la voluntad de que el mito fundacional de la "Nación Peruana" quedara desvinculado de la conquista hispánica y de los siglos de dominación colonial (1994a: 368).

Esta efervescencia, que provenía de ideas desarrolladas en los últimos años de la Colonia (*ibid.*:370), llevaría a la exaltación del pasado incaico e incluso a proponer la realización de una nueva gramática quechua, la *lengua general peruana* (*ibid.*:371, pero ver las contradicciones, de graves consecuencias posteriores, del cuerpo ideológico fundacional de la nación peruana en pp. 372-374).

Pero si en los años veinte la inclusión de las viejas "civilizaciones" en el discurso nacionalista había constituido un elemento esencial en la época de la independencia, en los años cuarenta se produjo una tendencia a la exclusión del indio de la nación (Quijada, 1994b:47-48), que en arqueología supone la aceptación de las teorías evolucionistas de Morgan (1850, estudio sobre los iroqueses). La expulsión del indio de la historia nacionalista estuvo relacionada con el conflicto que su imagen provocaba por la ordenación de las razas humanas en el universo intelectual decimonónico. En éste la raza blanca, en cuya cúspide se situaban los arios, quedaba en la cima de la jerarquización y tras ella se iba descendiendo hasta llegar a las razas de piel más oscura. Ni el latino, ni el criollo, ni el indio americano el más relevante para el punto que aquí discuto, quedaban evidentemente en buena posición en este esquema. Para el caso de México esta controversia está muy bien explicada por Ignacio Bernal (1980: cap. 7) que para lo referente a los políticos relaciona a los liberales con las ideas indigenistas y a los conservadores con las hispanistas (1980: 144; Lorenzo, 1982:197). Este debate sólo será superado en algunos países, por lo menos teóricamente, a finales de aquel siglo (1994:50-51).

El conflicto en torno a la inclusión del indio en el pasado nacional debió influir de forma importante en que el primer intento de institu-

cionalización de la arqueología se viera caracterizado por una evidente debilidad. Tras la sorprendente temprana organización en México —el país con monumentos y una intelectualidad organizada— de la Junta de Antigüedades (1822) y del Museo Nacional de México en 1825,³ o la legislación promulgada en Perú apenas conseguida la independencia, en 1822, para la protección de monumentos (Bonavia, 1984:110; Chávez, 1992:43-44), que fue seguida por la formación de sociedades, asociaciones y museos, entre ellos el Museo Nacional de Perú de 1826 (Chávez, *op. cit.*:15), poco queda a los pocos años. La precaria existencia o efectividad de todos estos esfuerzos parecen ser prueba de la apatía que siguió al primer apoyo entusiasta de los intelectuales criollos al indio en la creación del mito de los orígenes nacionales. Vázquez León, apoyándose en Brading (1973: 220), explica que "tanto el pasado como el presente indígenas eran incompatibles con los afanes del Estado liberal [dada la asociación del indio con la propiedad comunal de la tierra y el fundado temor en una guerra de castas generalizada], de ahí la irrelevancia del museo y la arqueología monumental durante buena parte" del siglo XIX (Vázquez León, 1996:83-84, véase también Bernal [1980:137-139] para lo referente a la significativa historia de los primeros 40 años del Museo Nacional Mexicano). En otros países parecen adivinarse problemas semejantes. Así, en Guatemala la propuesta de 1831 de la Sociedad Económica de Amigos del País de abrir un museo no tuvo éxito hasta 1866 (Bernal, 1980:139); o en Honduras, donde pese a que la primera declaración de intenciones de proteger Copán se realizó en 1845 sólo se llegó a delimitar el yacimiento en 1874. Como ya he indicado antes, países sin monumentos y con una élite relativamente pequeña ni siquiera parecen tener ejemplos semejantes y si extrapolar el ejemplo de Panamá (Gooke, 1984: 10-11) o el de Cuba (Fernández Leiva, 1992: 32) me es permitido, ni siquiera en la siguiente

³ El Museo Nacional de México de 1825 (o de 1831 estrictamente hablando según el profesor Florescano, 1993:89) en realidad era heredero del Conservatorio de Antigüedades de la Universidad de México de 1822 (Florescano, 1993:87).

fase logrará la arqueología arrancar en ellos como actividad profesional.

Hacia el nacionalismo cultural

1870 y 1871 serían los años de unificación de Italia y Alemania que supondrán el definitivo (que no nueva) cambio del concepto de nación de aquel asentado en el estado al basado en la unidad cultural. Este cambio generaliza la posibilidad de que los “pueblos” (es decir, las “naciones”) sin independencia política se consideren con derecho a exigirla. Según Hobsbawm (1990:cap. 4) el nacionalismo de 1870-1918 difería del anterior; en primer lugar, abandonó el principio de tamaño (*threshold*), por lo que la comunidad política internacional aceptaba que cualquier grupo, por muy pequeño que fuera, se considerara como nación y le estuviera permitido pedir su autodeterminación, lo cual significaba el derecho a un estado independiente soberano en su territorio. Por otra parte, según nos recuerda Hobsbawm (1990: 102), el elemento étnico y el lingüístico se convirtieron progresivamente en decisivos o incluso en el único criterio para la consideración de la nación. Todo ello conlleva diferencias fundamentales con respecto al periodo anterior que conducen (como he explicado) a varios estudiosos a considerar que es en este periodo (y no en el anterior) cuando aparece el nacionalismo propiamente dicho, mientras que las ideas del republicanismo clásico de la Revolución francesa deberían más bien clasificarse como patriotismo (para el caso de México véase Brading, 1994:88). Sin entrar en el debate terminológico, considero que la continuidad entre las dos etapas del siglo XIX es mayor que la que se produce entre éstas y la del final del antiguo régimen, lo que justifica mi decisión de haber integrado en el apartado anterior los debates que en todo caso se acrecientan a partir de la década de los setenta del siglo XIX.

El cambio de carácter del nacionalismo afectaría a la arqueología de varias formas: por una parte se produjo un incremento de número de personas interesadas en la búsqueda del pasa-

do mediante los restos arqueológicos, ya que cualquier grupo que decidiera que tenía una personalidad propia —o como se comenzó a decir en aquella época, una *cultura* propia (Díaz-Andreu, 1996)— debía demostrarla, entre otras cosas, por medio de la recurrencia a un pasado singular. Por otra parte, y no de forma independiente de lo que acabo de aludir, se reforzó la percepción de una necesidad imperativa de profesionalizar —o consolidar la profesionalización— de la labor del arqueólogo y de promulgar una legislación adecuada que protegiera las antigüedades. Es en este momento cuando se produce un cierto empujón a la institucionalización de la arqueología que sólo había empezado a despuntar en unos pocos países (y con diverso éxito, como he explicado) en el periodo anterior: se organizan numerosos museos, se crean cátedras específicas en la universidad, surgen multitud de sociedades y se celebran las primeras conferencias internacionales. Por último, las nuevas ideas llevaron a un ímpetu novedoso en el estudio comparativo de la arqueología con la lingüística y la antropología, lo que se traduciría a la larga en el desarrollo de la prehistoria más remota (que de momento quedaría parado, sin embargo, por el debate religioso).

En América Latina será en los años setenta cuando, al igual de lo que pasa en el Viejo Mundo (Díaz-Andreu y Champion, 1996:10-11),⁴ se generalice una cierta institucionalización de la arqueología. No nos debe sorprender, por tanto, que autores como Luis Vázquez León (1994) escojan para México la fecha de 1885 (y no la de 1825) como origen de la arqueología profesional. Es en este periodo cuando se regula en aquel país el estudio y la exportación de antigüedades, creándose en el año apuntado la

⁴ De nuevo recalco que la hipótesis de David Brading (1994) de que el nacionalismo no comienza en toda Latinoamérica sino hasta el siglo XX, parece no adecuarse a la comparación entre los procesos institucionales de la arqueología mexicana y europea. El desacuerdo quizá resida más en un desencuentro terminológico que en una disparidad real. Ya he comentado antes cómo otros historiadores, como Enrique Florescano (1997), no parecen tener problemas en admitir la existencia de nacionalismo, al menos en lo referente a México.

figura del Inspector de Monumentos Arqueológicos (1994:69; 1996:87), se abren (o en el caso del Museo Nacional de México se revitalizan [Bernal, 1980:140; Florescano, 1993:90-96]) nuevas instituciones dedicadas al análisis de los objetos arqueológicos (véase también Vázquez León, 1996:85-88), o salgan a la luz publicaciones especializadas como los Anales (Bernal, 1980:139, 154). México no es un caso aislado, sino que la oleada institucional abarcará muchos de los países de América Latina, como dejan claro los abundantes ejemplos que expongo más adelante. Como paréntesis quiero resaltar que en todo este movimiento los estudiosos del pasado no están solos. En estos años, así como estaba ocurriendo en Europa, los intelectuales se lanzan en tropel al intento de formalizar la historia de la nación. Surge en Latinoamérica la llamada generación de los ochenta formada por escritores que plasmarán en sus obras la narración de los orígenes de sus respectivas naciones, integrando en este conjunto a literatos como Vicente Fidel López en Argentina, Sebastián Lorente en Perú (Quijada, 1996), o Zerda en Colombia (Politis, 1995: 200).

En Argentina se abre el Museo de La Plata en 1888 (Podgorny, 1997:749) y en 1890 aparecen dos revistas de carácter científico, la *Revista del Museo de La Plata* y los *Anales*. En Brasil se inauguran tres museos, el Nacional de Río de Janeiro, el Paraerense Emilio Goeldi en Belém y el Paulista en São Paulo, pero es solamente tras la proclamación de la República cuando el gobierno pide a los intelectuales que elaboren una Historia Nacional (Schmitz, 1994: 24-25). En 1878, en Chile se inaugura la Sociedad Arqueológica de Santiago con una revista de la que únicamente saldrá publicado un número en 1880, algo no tan extraordinario en el contexto europeo, donde hubo casos semejantes. Aparecieron además otras sociedades de carácter científico que incluyeron los estudios arqueológicos en sus quehaceres (Rivera y Orellana, 1994:36-38). En Colombia, Jaramillo y Oyuela-Caycedo (1994:52) nos indican que en estos años se crean institutos y museos encargados

del estudio y conservación del pasado y se revitalizan otros de los ya existentes, además de promulgar leyes para la protección y prohibición de la exportación de antigüedades. Finalmente, según estos autores, la publicación del *Boletín de Historia y Antigüedades* desde 1902 contribuye significativamente a la difusión y concientización acerca del pasado precolombino (1994:53). En Perú nos explica Bonavia (1984: 110) que fue en 1893 por Decreto Supremo cuando se creó una Junta Conservadora apoyada por unas juntas sucursales que se encargaban de los monumentos y de organizar las excavaciones. Por último, en Venezuela Gassón y Wagner (1994:130) afirman que desde finales del siglo XIX será el Museo de Ciencias Naturales de Caracas la principal institución dedicada a la arqueología. Sin embargo, si todos los ejemplos muestran, como dije más arriba, una cierta institucionalización, también indican una evidente debilidad en éstos y otros países latinoamericanos, como lo evidencian casos como el predominio de trabajos de extranjeros —estadounidenses o europeos— en muchos lugares, a veces con exclusividad, como parece pasar en Guatemala (Schávelzon, 1988).

La redefinición del modelo nacionalista que se produce a partir de los años setenta del siglo XIX no afecta sólo a la institucionalización de la arqueología, sino que está presente igualmente en el tipo de narración que sobre el pasado se realiza. Terminaré mi exposición sobre esta etapa con un ejemplo de la interconexión entre arqueología, lingüística y antropología, áreas que, en conexión con la ideología nacionalista dominante en esta etapa, se hallan claramente relacionadas. Mónica Quijada explica en estos términos el intento realizado por el argentino Vicente Fidel López en los años setenta del siglo XIX en su libro *Les races Aryennes du Pérou* (1871). Este autor identificaba a la raza aria como la constructora de los monumentos incas basándose en argumentos lingüísticos —el quechua como una forma arcaica de lengua aria o indoeuropeo, y por tanto los que la hablaban podían ser considerados como arios (Quijada, 1996:257-259)—. Las razones para esto eran

claras. Al convertir a los incas en descendientes de la raza aria primordial, los americanos pasaban a estar situados en el lugar más alto de la escala de jerarquización de los pueblos. La posición del español quedaba igualmente justificada argumentando que estos últimos no habían hecho sino continuar la línea de progreso ya establecida. Pero, como Mónica Quijada (1996) apunta, el intento de Vicente Fidel López se tiene que contextualizar, por otra parte, en la situación política argentina, ya que personaliza el desencuentro de las hipótesis de López en Argentina en la figura de Bartolomé Mitre (1996:262-263). Este último, como presidente de la República dos años antes de la publicación del libro de López, había firmado la ley que llevaría al exterminio de miles de indígenas en la llamada Campaña del Desierto. Mitre no consideraba a los indios capaces de poseer pensamientos abstractos ni de ser capaces de avanzar en la línea del progreso. Con su obra Vicente Fidel López atacaba esta postura y, aún más, acogía la grandeza del pasado inca y la convertía en la de su país.

Para justificar la apropiación del pasado incaico como origen de la nación argentina evidentemente López tuvo que realizar complicadas argumentaciones basadas además de en la toponimia, la antropología y el estudio de las religiones, en la arqueología. Según él ésta demostraba la existencia de una segunda capital inca, un segundo Cuzco, en el norte de Argentina, que López identificaba con el yacimiento de Inti-Huassi (Quijada, 1996:250). No fue la suya una hipótesis que cayera en el vacío. Las ideas de Vicente Fidel López fueron bien acogidas en el I Congreso de Americanistas de Nancy y posteriormente adoptadas por José Fernández Nodal en Perú y por Couto de Magalhaes en Brasil, aunque en Argentina no disfrutó de tanto éxito (Quijada, 1996:262).

El ejemplo de López viene a indicar, por último, un aspecto en el que este trabajo no va a profundizar: el cómo las narrativas nacionalistas de los intelectuales de un mismo país no tienen por qué ser homogéneas (sus coetáneos

no concordaron con él, como ya he apuntado), ni necesariamente tener éxito. No creo fuera de lugar insistir, como hice en la introducción, en que todos estos aspectos tiñen de complejidad cualquier estudio detallado que se haga acerca del tema de la relación entre nacionalismo y arqueología.

El apogeo del nacionalismo y la arqueología

La importancia que adquiere la arqueología en el periodo anterior se ve definitivamente remarcada en el periodo de las guerras mundiales. Hobsbawm (1990:cap. 5) apunta que la guerra de 1914-1919 supondrá por una parte el colapso de los grandes imperios multinacionales de Europa central y oriental, y por otra parte la revolución rusa que llevará a aceptar en contraposición el principio wilsoniano que intentaba crear un continente netamente dividido en estados territoriales coherentes habitados por poblaciones étnica y lingüísticamente homogéneas. Las guerras, por otra parte, tuvieron un efecto que será esencial para entender la universalización de la institucionalización de la arqueología: la necesidad de movilizar a la población hizo imprescindible la creación de ciudadanos. La educación era un elemento esencial para ello y en esta empresa la lectura histórica y la visita al museo constituyeron dos factores clave (Kristiansen, 1992). La arqueología cobraba un auge nunca antes experimentado, llevando a Europa a su definitiva institucionalización en el periodo de entreguerras.

Por otra parte, en la teoría arqueológica el impacto del nacionalismo redundó en el surgimiento de la Escuela Histórico-Cultural. Ésta suponía un refinamiento en los métodos de análisis hasta entonces aplicados: inventaba como base del estudio a la "cultura", entendida como una forma primitiva, fundamentalmente esencialista, de "nación" (Díaz-Andreu, 1996) y estando resuelto en líneas generales el problema cronológico (media centuria aplicando y reelaborando el esquema de las Tres Edades en cada

área), la arqueología ahora se dedicó a explicar en sus mapas sus descubrimientos. Pero el carácter esencialista plasmado en la cartografía resultaría a la postre un arma peligrosa en manos de poderes políticos de signo totalitario con grandes problemas económicos derivados de la crisis de 1929. La segunda guerra mundial (1939-1945) y la época que la precedió fue el ejemplo claro de hasta qué punto la arqueología puede estar al servicio del Estado, porque fue el momento en que de forma más descarada se manipularon sus datos en favor de las hipótesis que los políticos —y determinados arqueólogos— pretendían imponer (remito de nuevo al lector a los artículos de Clark, 1957:257-261; Bollmus, 1970; Daniel, 1985:323; Losemann, 1977; Schnapp, 1977, 1980; Guidi, 1988:63-70, 1996; Veit, 1988; Arnold, 1990; Torelli, 1991 y Wiwjorra, 1996).

Volviendo al ejemplo de América Latina, el conflicto respecto a la integración del indio en la historia nacional se polarizó en dos actitudes muy diferentes. El ejemplo más claro de la primera, su exclusión, se dio en los países cuya población es la que menos componente indígena tiene, en toda Sudamérica (a lo que refiero a continuación se pueden añadir comentarios para el caso de Uruguay de Cabrera Pérez y Curbelo, 1992 y de López Mazz, 1992). Según ha estudiado Irina Podgorny (1997:752) en Argentina las peticiones de los colegios al Museo de la Plata se referían a las colecciones rocas, fósiles y animales disecados, mostrando así una absoluta falta de interés hacia el material etnográfico o arqueológico asociado con las culturas indígenas (Podgorny, 1997:752). El mismo lugar reservado para la exposición de estos últimos, no el Museo Histórico, sino el de Ciencias Naturales de la Plata (Politis, 1995:199) parece apuntar en el mismo sentido. En un texto escrito en 1910 describe el primer museo, confirma esta alienación del indígena de la narración histórica nacionalista argentina de principios de siglo:

Ante todo, yendo nuestras observaciones por orden cronológico, poco o nada encontramos proveniente de

la barbarie indígena anterior al descubrimiento o la conquista. Los recuerdos de este género no se han excluido por azar o por capricho, sino porque, en realidad, poco o nada debe a aquella barbarie la cultura argentina... Nuestra civilización es legítima descendiente de las antiguas civilizaciones de Europa: Grecia, Roma, España. Más que sus ideales y conocimientos, los indios aportaron o sacrificaron generosamente a la cultura americana, su sangre, su preciosa sangre de pueblos libres y la sangre no se coagula en los museos, sino hierve en las venas (Bunge, 1910:54, cito en Podgorny, 1997:750).

Es este tipo de mención explícita podría ser lo que nos diera la pauta final sobre cómo interpretar la deposición de los restos asociados a los indígenas en un museo de ciencias naturales y no en uno histórico (vease a este efecto Podgorny y Politis, 1990-1992). Sin embargo, hemos de mostrarnos cautos a la hora de emplear este ejemplo para explicar otros semejantes como el de Venezuela (Gasson y Wagner, 1994:130) sin tener más datos al respecto. Deducir a partir del museo en el que van a parar ciertos restos una exclusión del indio en el relato sobre el origen de la nación, aunque no deja de ser una posibilidad (que parece demostrada para el caso de Brasil según Pedro Funari [1992:58]), no es la única explicación. De nuevo una comparación con el caso europeo puede ser ilustrativa al respecto. En la mayoría de los países de Europa, en los museos de Ciencias se almacenaron y expusieron los restos más antiguos hasta entrado el siglo XX y tal hecho hay que relacionarlo con la tardía profesionalización del saber prehistórico (en la que influyeron, como he apuntado antes, razones de índole religiosa). Gran parte de los expertos en aquel momento eran geólogos, pues compartían con la labor de prehistoriador el estudio de las capas de la tierra, la búsqueda de sus fósiles directores en ellas. La separación entre los estudios históricos apoyados parcial o totalmente en el documento y los basados fundamentalmente en los restos arqueológicos —sobre todo de los periodos más antiguos— todavía parecía insalvable a principios de siglo.

La segunda actitud de la que hablaba anteriormente la supuso la reintegración definitiva del

indio en la historia nacional. El ejemplo tipo de este hecho es México y está personalizado en la figura de Manuel Gamio. Éste proclamó la importancia del indígena en la formación nacional mexicana, cuya identidad sólo podía derivar de la fusión de las razas, la convergencia y fusión de las manifestaciones culturales, la unificación lingüística y el equilibrio económico de los elementos sociales (Lorenzo, 1982: 199; Brading, 1988b, 1994: 102-103; Florescano, 1993:99).

El segmento del pasado elegido como Edad de Oro en México fue el azteca, como explica Anthony Smith (1997:44), otras civilizaciones que podrían haber ocupado este lugar no tuvieron tanto éxito, como le ocurrió a la maya, demasiado alejada geográficamente del centro político de la nación. "Un nuevo orden político —nos dice Smith, (1997:44)— requería un mito de Edad de Oro que ayudara a unir una nación diversa desde un punto de vista étnico, sugiriendo que se estaba reviviendo de nuevo el momento de independencia nativa y de gloria política pasada." El autor indica que *revival* histórico intentó emplear medios como el utilizado durante el gobierno del presidente Obregón, cuyo ministro de Educación, Vasconcelos, financió a diversos artistas (los celebrados Orozco, Diego Rivera y Siqueiros) para la realización de murales en los que se comunicó una visión heroica de la Edad de Oro azteca. El simbolismo azteca junto con un ideal del mestizaje se llevó a la educación, aunque, según él (1997: 44), con éxito desigual.

La necesidad de crear un pasado nacional que se pudiera transmitir a todos los ciudadanos desembocó en un nuevo reforzamiento de la institucionalización, que sin embargo ahora no resiste una comparación con el caso europeo por sus deficiencias. México, Perú, Brasil, Cuba y Colombia ejemplifican estas afirmaciones. En el primer país la Escuela Internacional de 1911-1920 resulta una iniciativa difícil de clasificar (y en este caso Bernal [1980: cap. 8] sirve de poca ayuda). Según relata George Stoking "Boas se dio cuenta de que la antropología de-

bía convertirse en indígena si se quería propagar en México. Se debía educar a estudiantes mexicanos, las publicaciones especializadas se debían hacer a nivel local y todos los artefactos y especímenes debían quedarse en el Museo Nacional para así inspirar a investigadores nativos y 'educar a la opinión pública'" (Stoking en McVicker, 1992:150). Será en 1931 cuando se cree un subdepartamento en la Facultad de Filosofía y Letras donde se enseñe la arqueología, teniendo como profesor a Alfonso Caso (Bernal, 1980:161). Pero su pronto fracaso quizás ha impedido la realización de análisis más profundos acerca de la ideología que apoyaba a esta institución. En todo caso sólo desde 1942 la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) instituiría la educación de sus propios profesionales (Vázquez León, 1994:84).

El movimiento indigenista surgido en Perú en los años veinte (Politis, 1995:204; McGuire, 1992b) quizá pueda conectarse con el despuntar de la institucionalización de la arqueología, brevemente esbozada en el periodo anterior. En 1929 se creó el Patronato Nacional de Arqueología y se nombraron inspectores regionales y provinciales, todo ello organizado por Julio C. Tello (Bonavia, 1984:110; Matos Mendieta, 1994: 106), aunque, probablemente por falta de medios, el control relacionado con el patrimonio parece que no obtuvo la efectividad deseada (1994: 109). No me parece tampoco que ayudara la desgana de este arqueólogo de escribir acerca de sus investigaciones más que en notas personales y en reportajes de prensa (Daggett, 1992), lo que en todo caso parece indicar la poca madurez de la institucionalización. Como indica Ramos Mendieta (1994:110), en Perú la enseñanza de la arqueología de alguna manera sólo sería efectiva a partir de finales de los años cincuenta.

Por su parte, en Brasil en los años treinta se crean universidades, se promulgan leyes para proteger el patrimonio y que llevan a la creación de un servicio estatal de arqueología (Schmitz 1994:26). Sin embargo, el hecho de que sean necesarios años más tarde los seminarios llevados a cabo por los estadounidenses Betty Meg-

gers y Clifford Evans, y por los franceses Josef Emperaire y Annette Laming-Emperaire en los sesenta (Schmitz, 1994), hace pensar que la institucionalización producida en los años treinta no tuvo gran impacto. En Cuba se crea en 1937 la primera institución encargada de la administración de la arqueología (Fernández Leiva, 1992:36). En el caso de Colombia, Jaramillo y Oyuela-Caycedo (1994) apuntan que en esta etapa —a partir de 1936— se comienzan a impartir los primeros cursos de arqueología en la Escuela Normal Superior. En 1937 se crea el Servicio Arqueológico Nacional (Politis, 1995: 206) y en 1941, el Instituto Etnológico Nacional (que en 1945 se anexionará al Servicio de Arqueología del Ministerio de Educación) y el Museo Arqueológico y Etnográfico Nacional en Colombia (Jaramillo y Oyuela-Caycedo, 1994: 57). Finalmente, ya a finales del periodo que estoy analizando —en 1947— se crea en Venezuela el Instituto de Antropología e Historia en la Universidad Central de Caracas (Gassón y Wagner, 1994:132).

Un elemento que hasta ahora no he incluido en este trabajo, pero que evidentemente tiene un papel importante en la discusión de la que se ocupa este ensayo, es el de la “arqueología colonial”. La definición que ofrece Bruce Trigger indica que ésta se produjo “durante el periodo colonial, en el que los arqueólogos y etnólogos consideraron las así llamadas culturas tribales del África subsahariana como un museo viviente sobre el pasado” (Trigger, 1984: 360, véase también Holl, 1990), parece un tanto limitada, y así lo consideran otros autores como Warwick Bray (en Bray y Glover, 1987: 116-119), quien aplica este concepto a Latinoamérica durante los dos últimos siglos (aunque sólo analiza lo concerniente a Gran Bretaña se centra en su mayor parte en el siglo XIX y en el área maya en Belice). Pero en la fase histórica de la que trato en este apartado, el caso más evidente de arqueología colonial en Latinoamérica es la llevada a cabo por Estados Unidos. Elegiré para ilustrar esta afirmación un ejemplo que se refiere a las décadas finales del periodo a debate. En los años cincuenta la re-

organización que había comenzado durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt en los años treinta coincidirá con un nuevo interés expansivo política y económicamente hacia el sur del continente. La unión de ambos factores llevaría a la subvención de amplios programas arqueológicos en los países latinoamericanos (Patterson, 1986:13-14, en Gassón y Wagner, 1994:127). El interés no había sido inocente desde un principio, como explicaba el mismo Julian Steward (1950: xi-xiii, cit. en Gassón y Wagner, 1994:127-128):

con la creciente amenaza bélica y un reconocimiento general de la necesidad de tener un mejor entendimiento en el hemisferio, se produjo una atención solidaria, en Latinoamérica. Se crearon centros de estudios latinoamericanos, se planeó investigación interdisciplinaria, y el *American Council* y el *Social Research* crearon un comité conjunto de estudios latinoamericanos que se empleó para coordinar una gran variedad de proyectos. Propuestas semejantes referentes a otras áreas del mundo no tuvieron un respaldo semejante hasta años más tarde... El área de investigación tendía al principio, fundamentalmente durante los años de guerra, a ser una base de información en la que se tomaban todo tipo de datos para cualquier tipo de propósito. El objetivo principal, sin embargo, era entender las naciones extranjeras de forma tan profunda que pudiéramos saber qué podíamos esperar de ellas [en el caso de guerra o conflicto] y esto requiere datos provenientes de las ciencias sociales y de las humanidades.

Trigger (1984) y Bray y Glover (1987) consideran que la reacción a la “arqueología colonial” fue la de la aparición de la “arqueología nacionalista”. Sin negar que haya algo de cierto en sus aseveraciones, es decir, que haya una reacción *explícita* nacionalista tras un periodo colonial, creo que la raíz nacionalista de la arqueología es mucho más profunda (más implícita), como he intentado exponer en este trabajo, y que no es posible la contraposición de ambas, pues forman parte de un mismo entramado. La arqueología colonial forma parte del componente imperialista que muchos nacionalismos, como el discutido ejemplo norteamericano, poseen. Pero de una forma un tanto abrupta dejaré el análisis en este punto pues un estu-

dio amplio de la expresión del colonialismo en la arqueología latinoamericana sería extenso y a todas luces se sale de los límites de este ensayo, ya que me llevaría a la discusión de otros nacionalismos diferentes a los aquí debatidos.

Para terminar mi análisis de cómo el nacionalismo afectó en esta etapa al devenir arqueológico haré referencia a la producción arqueológica, a cómo las teorías acusan y contribuyen a los cambios en el panorama político. Títulos de libro como el publicado en 1916 por el arqueólogo mexicano Manuel Gamio, *Forjando Patria*, parecen indicar claramente cuál era en este periodo —por lo menos para algunos profesionales— el objetivo final de la arqueología. En esta obra Manuel Gamio reintegraba Anáhuac como la fundación gloriosa de la historia y la cultura mexicana, al mismo tiempo que rechazaba los cánones estéticos neoclásicos para así exigir una reevaluación del arte nativo (Brading, 1988b:79). Sin embargo, como apunta David Brading (1988b:76, 87) en última instancia su propósito era el de incorporar las comunidades indias en una sociedad mexicana moderna.⁵ Su trabajo arqueológico en Teotihuacan se vio complementado por una investigación etnográfica publicada en 1922, *La población del valle de Teotihuacan*, y de la comparación de resultados de ambas líneas se concluía que los indios mexicanos conservaban una parte esencial, aunque de alguna manera erosionada, de la cultura de sus ancestros. Significativamente sus aseveraciones también se vieron apoyadas por evidencias provenientes de la lingüística y de la antropología física (1988b:78-79). De lo complejo que puede resultar la evaluación de la influencia del nacionalismo en la arqueología es prueba el hecho de que la defensa realizada por Manuel Gamio del término “cultura” constituyera un avance progresista, ya que surgía como reacción al término “raza”, frecuentemente empleado hasta entonces en la arqueología americana (1988b:79). En todo caso, este autor fue

uno de los primeros introductores en México de la escuela histórico-cultural.

Acerca del discurso de la escuela histórico-cultural, pero en este caso el sostenido por los alemanes que trabajan en México, hace una magnífica exposición Luis Vázquez León en su obra *El Leviatán Arqueológico* (1996: apéndice 11). Como ya he explicado en varias ocasiones, la base de esta escuela de pensamiento es altamente ilustrativa de cómo los conceptos mantenidos entonces por la ideología nacionalista sobre la naturaleza de los grupos humanos habían calado en las ciencias sociales, y entre ellas en la arqueología (véase una discusión de este tema en Díaz-Andreu, 1996). La escuela histórico-cultural continuaría siendo pujante en el periodo posterior, como indica Luis Vázquez León, quien afirma que “la Escuela Mexicana de Arqueología... lejos de haber sido sobreesada en el orden de las ideas por otras teorías... es en realidad un programa de investigación de filiación difusionista que se reproduce idealmente a través de la conservación de un núcleo duro de principios histórico-culturales” (Vázquez León, 1996:26). Considero importante señalar, sin embargo, que esta persistencia de la teoría arqueológica surgida a principios de siglo no es única en México o en Latinoamérica, sino que se da en todo el orbe, y volviendo a las afirmaciones generales que realicé en la introducción es causa a mi entender de que la arqueología haya desgraciadamente vuelto a cumplir en ocasiones un papel semejante al de la segunda guerra mundial en algunos países (Kohl, 1993; Chernykh, 1995; Shnirelman, 1996: 237).

La búsqueda de las raíces indígenas: un nuevo reto para la arqueología

Según se ha ido vislumbrando a lo largo de este ensayo, una diferencia fundamental que separa al Viejo del Nuevo Mundo en la relación entre el nacionalismo y arqueología es la cuestión de la vinculación de los ciudadanos de la nación con los protagonistas del pasado. Mientras que en Europa tal nexo no presentaba problemas serios para la narración histórica, es decir, tal

⁵ Expresiones más tardías del mismo tipo de actitudes se pueden encontrar en Carlos Ponce, el ideólogo de la arqueología boliviana (véase Mamami Condori, 1980:47).

parentesco se percibía como real, en América fue una asignatura pendiente en todo momento. El discurso histórico pasó de la inadmisión de que los indios hubieran sido los actores del glorioso (en algunos casos donde había monumentos) pasado precolombino a la aceptación de este hecho, pero ello no llevó a una consideración positiva de las formas de vida y las costumbres de los indígenas, pues para éstos se deseaba la asimilación. Así lo denuncia Carlos Mamami Condori cuando afirma, hablando de Bolivia, que "el objeto de preocupación fue integrar los restos arqueológicos prehispánicos en el patrimonio cultural 'boliviano', y al mismo tiempo integrar la población india en la corriente civilizadora (otro de los principales proyectos nacionales)" (1989:47). Como hemos visto, esto fue precisamente lo que según David Brading (1988b:76, 87), pretendía Manuel Gamio en el México del primer tercio de siglo.

En contraposición a lo anterior en la actualidad se está produciendo un cambio que es todavía modesto, pero que está llevando a un giro importante en el papel de la arqueología. La resolución de algunas comunidades indígenas de asumir el control de su pasado a través, entre otros recursos, primero, de la petición a los museos de la devolución de restos arqueológicos y humanos; segundo, de la manifestación de desacuerdos ante el modo y los términos como se ha producido la narrativa sobre un pasado que consideran propio y, en consecuencia, a la propuesta de narraciones alternativas; y tercero, de su activa participación en museos y del uso consciente de las técnicas arqueológicas para buscar argumentos que legitimen sus aspiraciones, por ejemplo a la devolución de territorios que consideran pertenecientes a sus etnias por propio derecho, es el comienzo de lo que promete ser un reto importante para la arqueología latinoamericana. Una primera muestra de demanda de devolución de restos a museos la ofrecen Irina Podgorny y Gustavo Politis (1990-1992:76). Según estos autores ya se recibió una solicitud al respecto en 1973, aunque en aquel caso realizada por un argentino, hijo de inmigrantes sin ascendientes indígenas. Pese a que

el proyecto a la postre, probablemente por razones de cambios de régimen político, no se llevó a cabo, la reclamación se repitió a finales de los años ochenta, pero ahora significativamente provino de la comunidad indígena. Pretendía ésta, como en el momento anterior, enterrar con grandes honores los restos indígenas pertenecientes a unos caciques en el cementerio municipal, ya que dichos restos se almacenaban en el Museo de La Plata. La respuesta por parte de las autoridades competentes fue negativa (1990-1992: 77). Éste es sólo un caso de tantos que, si hemos de creer por el ejemplo australiano y estadounidense, están a las puertas de producirse, si no lo están haciendo ya, y cuya resolución llevará a serios dilemas y a una revisión de la ética y los fines de la profesión arqueológica mucho más radical a la postre de la que se puede dar en Europa (véase introducción).

Volviendo al caso de Bolivia, Carlos Mamami Condori relata un ejemplo de la segunda vía que anunciaba más arriba. Para empezar, el autor declara escribir desde el punto de vista de los indios, lo que supone un cambio notable con respecto a todo lo anterior. Su escrito comienza con frases como la siguiente, que indican el tono del artículo: "se nos integró bajo la condición de que renunciáramos a nuestro patrimonio cultural, que supuestamente se relegó a los museos, alienado y convertido en un mero recuerdo de un pasado ya muerto"⁶ (1989:46). Mamami Condori acusa a la arqueología de utilizar el pasado para la creación de la fundación de la nación pero sólo "en el sentido de la Bolivia republicana dominada por los blancos" (1989: 47). La arqueología nacionalista, según él, a pesar de sus continuas protestas, está firmemente enraizada en la ideología occidental y, por lo tanto, conlleva un lastre colonialista tras de sí. Sin embargo, quizás incurriendo en una contradicción argumentativa, como reacción a un académico que fechó el nacimiento de la historia boliviana con la llegada del primer español, el

⁶ Las traducciones del inglés al castellano son más en todos los casos del artículo.

autor se lamenta de que la época anterior sólo se considere como *antecedente* y de que “los indios para ellos [sean] sólo prehistoria, un pasado muerto y silencioso” (1989:51). En todo caso, no le parece justo que aquellos que se consideran herederos de determinadas culturas arqueológicas tengan incluso que pagar como si fueran turistas para visitar las ruinas de “sus” antepasados (1989:48, las comillas son mías). Estos lazos de consanguinidad percibido hacen que finalmente Carlos Mamami Condori reclame una “necesidad para volver a ganar el control de nuestro propio tiempo histórico y el fin de la dominación *extranjera* de nuestra historia” (1989: 50, énfasis mío).

El control de su historia es lo que, al parecer, están llevando a cabo en Colombia los guambiano, un pueblo indígena de las tierras altas de la Cordillera Central que, a partir de 1980, decidieron recuperar las tierras que según ellos pertenecen a su pueblo, además han sufrido sucesivas usurpaciones a manos de terratenientes (1992:178-179), esto nos lo relata Luis Guillermo Vasco Uribe (1992). Conforme a la historia oficial los guambianos fueron traídos de Perú y Ecuador como “indios de servicio”, pero este relato entra en contradicción con la tradición oral guambiana (1992:180). “Queremos saber”, dicen ellos, “cómo son la raíz y las ramas para hablarlo al Cabildo, al pueblo, a los niños. Es necesario seguir las huellas de los antepasados”. Para ello su fórmula de búsqueda ha sido acudir a las técnicas arqueológicas. “La arqueología”, nos indican, “debe excavar de ese tronco para abajo y buscar la raíz. Hicimos arqueología; la estamos haciendo. Y hemos encontrado algunas cosas. Hemos sabido algo. Y hemos obtenido algunas pistas” (Vasco Uribe, 1992:179-180). La fecha de 1620 ± 50 obtenida en una primera excavación realizada por arqueólogos (as) reafirmó la presencia de los guambianos en esa época (1992:184), identificación étnica deducida sobre la base de la relativa continuidad durante siglos de las tipologías cerámicas (1992:185) (pero véase posibles críticas en Jones, 1997 y Díaz-Andreu, 1998b). “Queremos conocer el pasado, pero no sólo para

conocerlo sino para con eso trazar el camino hacia delante” (Vasco Uribe, 1992:187), un camino que supone recuperar territorios sobre los que ellos reclaman tener derecho. El pasado, de nuevo, es la llave que abre la puerta del futuro.

Una muestra menos radical de este movimiento hacia la activa participación de los indígenas en la labor arqueológica es la que se está dando en la actualidad en ciertos lugares de México: en diciembre de 1997, lo experimenté en mi visita al Museo del Pueblo Maya de Dzibilchaltún, centro abierto al público a principios de los años noventa. Éste fue uno de los últimos museos visitados, me asombró la diferencia de sus objetivos con respecto a otros de apertura anterior. Ahora ya no se trataba sólo de hacer visitable al público una parte del pasado nacional mexicano en forma de las ruinas del yacimiento arqueológico, sino de “presentar el pasado y el presente del pueblo maya” (Barrera en AAVV, 1994:9). “En las colecciones del museo —seguimos leyendo en la guía— se encuentran destacados exponentes de nuestras raíces prehispánicas, la herencia colonial y el sincretismo cultural y religioso de los mayas contemporáneos” (1994:9). En concordancia con la filosofía de la exposición, el museo mantiene en la actualidad una política abierta a la comunidad maya por medio de actuaciones como el montaje de un belén en las instalaciones a las que acuden diariamente personas del lugar para mover las figuras, consiguiendo así con ésta y otras actividades una participación activa de la comunidad en el museo.

Por último, creo importante resaltar la relevancia de proyectos como los dirigidos a recuperar datos sobre las poblaciones de origen africano traídas al Continente Americano (Funari, 1996, 1997, 1998; Rowlands, 1998). Los arqueólogos deben trabajar, según Pedro Funari (1998:10) *con* la comunidad, no para ella, sino para dar a la gente una mejor comprensión del pasado y del mundo que los rodea. La excavación en Brasil de un yacimiento como el de Palmarés, un asentamiento de esclavos huidos que per-

duró casi todo el siglo XVII (Funari, 1996:30-34), no ha podido llevarse a cabo, según los excavadores, sin la colaboración con activistas negros “para que la gente pudiera entender el sitio y su importancia y pudiera así oponerse al mero disfrute del área arqueológica” (Funari, 1998:11).

Todos estos ejemplos demuestran, a mi entender, una saludable transformación de la arqueología latinoamericana, pero, al igual que pasa en Europa (véase introducción), ello no nos debe llevar a la ilusión de pensar que el nacionalismo haya dejado de tener su importancia, sino todo lo contrario. Pese a lo que Carlos Mamami Condori (1989:47) afirma, lejos de constituir este movimiento una reafirmación de los modos de vida indios lo que supone, a mi entender, es la definitiva aculturación de las comunidades indígenas, la adopción de formas de narrativa occidentales y en consecuencia su deseo de buscar Edades de Oro que les permitan constituirse en una etnia que se pueda reconocer como tal —y para ello recurrir al pasado es imprescindible— a los ojos de sus propios miembros constituyentes y a la postre, por qué no decirlo, de los contendientes al otro lado de una mesa de negociaciones. Dicho esto, repito que el cambio me parece bueno (si se realiza en términos de acuerdo de todas las partes, y que quizá no sean, dicho sea de paso, los empleados por Carlos Mamami antes referidos, con alusiones a *extranjeros*, etcétera, en su discurso), pero deja al crítico —a mí en este caso— en una situación delicada ante el tema que se discute en este ensayo.

La disyuntiva en este punto sería plantearse si, después de todo lo ocurrido en estos dos últimos siglos, es posible que la labor arqueológica se lleve a cabo sin estar encuadrada en el marco nacionalista. No he de volver a insistir en las condiciones en que se mueve la labor profesional arqueológica, que se han ido deshilvanando a lo largo de este trabajo. Así, si el vocabulario desarrollado por la arqueología, si la razón por la que ésta es financiada, si sus resultados son habitualmente empleados con fines políticos

(además de los científicos, de los que sinceramente tienen que ver con la búsqueda —nunca pura, en todo caso— del saber), si todo ello está relacionado de manera indisoluble con el nacionalismo, parece deducirse que no hay salida a esta situación. La arqueología es una narrativa creada en un momento histórico que, *hoy por hoy*, no puede entenderse fuera de él. No poseemos otras formas de comprensión que aquellas que hemos heredado y aunque su transformación es posible, ésta nunca podrá ser radical (de ahí el *hoy por hoy* empleado antes y pese al último párrafo de este escrito).

Admitiendo la imposibilidad temporal de hacer arqueología que no sea a la postre nacionalista (fundamentalmente, repito, por los términos empleados y debido a las áreas geográficas que se ve impelida a escoger como base del estudio) acudo, sin embargo, a autores como Umberto Eco para defender lo que pienso que todavía nos queda: la distinción entre narrativas autorizadas y no autorizadas. Pese a que las ideas de Eco se refieren más bien a textos literarios (Eco, 1992, 1994), la filosofía que entrañan permiten su aplicación a los estudios históricos y arqueológicos. Reconociendo que existen posibles vías de interpretación de un mismo conjunto de datos, esto no significa que no haya criterios para calibrar tanto a éstas como a sus oponentes (Eco, 1992:23). Traduciendo en términos arqueológicos las palabras de Eco, podemos afirmar que existe la posibilidad de reconocer hipótesis, interpretaciones, además de conjuntos de datos que están más autorizadas que otras (que Eco llamaría sobreinterpretaciones) y las que lo están se relacionan en un mayor grado con las (múltiples) lecturas que mediante el patrón arqueológico realizarían los actores que lo crearon. Así, pese a que no sea factible acercarnos por completo a cuáles fueron las motivaciones (de nuevo en plural) por las que el patrón arqueológico formó, y a pesar que como “lectores” del mismo nunca podamos desembarazarnos de nuestro propio sistema de pensamiento —aunque sí podamos discutirlo y por tanto transformarlo—, sí que estamos en posición de saber los límites que tiene nues-

tra interpretación, y esto nos sirve para ser capaces de negarnos a cualquier abuso que se haga en la interpretación de los datos. La manipulación clara y consciente del registro arqueológico con fines políticos —entre ellos los nacionalistas— no está por tanto autorizada, puesto que quienes lo crearon no se identificaban con una ideología surgida a finales del siglo XVIII. La crítica de nuestro encuadramiento ideológico, por otra parte, no ha de dejarse a un lado. La discusión sobre los términos (como, insisto, el de *cultura arqueológica*), de cómo evitar que la financiación nos lleve a colaborar en la narración de la historia nacional, o de cómo no caer en la trampa de creer que los nuevos discursos étnicos son necesariamente más progresistas, no ha de dejarse a un lado.

Este trabajo ha comenzado en Europa para centrarse en América Latina, en las teorías de los historiadores para continuar con lo que los arqueólogos y arqueólogas podemos ofrecer al análisis de cómo el estudio del pasado está relacionado con una teoría política, la nacionalista. He dividido mi discurso en etapas, siguiendo la periodización de Hobsbawm (1990), por creer que una presentación ordenada de los datos contextualiza los procesos históricos en su momento, permitiendo además la comparación. Este ensayo ofrece por primera vez una visión general, para toda Latinoamérica, del marco nacionalista de nuestra disciplina, discutiendo sus peculiaridades. Varios factores han ido surgiendo con insistencia: la cuestión de cómo la presencia de monumentos influyó en la manera como se utilizó el pasado con fines nacionalistas, o de cómo la integración del indio en la historia nacional siempre supuso un problema a resolver. Por último, la aceptación de que *hoy por hoy* la relación entre lo que calificamos como disciplina científica —la arqueología— y una ideología política —el nacionalismo— es íntima y difícilmente superable, es a mi entender imprescindible como primer paso en una vía que nos lleve a la realización de una crítica profunda y en muchos aspectos radical de nuestra práctica profesional. No deja de ser una ironía, de todas formas, que aquello que ayu-

dó en gran manera a profesionalizar nuestra disciplina sea ahora lo que debamos de construir.

Agradecimientos

En primer lugar querría agradecer al inspirador de este trabajo, el profesor Enrique Florescano, que con su amable invitación a participar en el simposio “Desarrollo y Perspectivas de la Arqueología Europea” me impulsó —involuntariamente— a pensar en el tema, varias veces por mí tratado, del nacionalismo en un área para mí tan desconocida. Querría también dar las gracias a mis colegas europeos (Emmanuele Greco, Sander van der Leuw, Bjomar Olsen, Colin Renfrew, Michael Rowlands, Alain Schnapp y Marie Louise Sorensen) cuyas críticas en las dos semanas que pasamos juntos en diciembre de 1997 sirvieron para que reflexionara en múltiples aspectos que espero que hayan enriquecido este escrito. Han servido de gran ayuda también los comentarios y lecturas proporcionadas por arqueólogos y arqueólogas mexicanos, en especial Alfredo Barrera, Tomás Gallareta, Manuel Gándara, Linda Manzanilla, Alejandro Martínez Muriel, Eduardo Matos Moctezuma, Lorena Mirambell, Rubén Morantes, Enrique Nalda, Peter Schmidt, Luis Vázquez León, junto a tantos otros profesores investigadores y alumnos, con los que me fui encontrando en mi periplo mexicano, a los que debería de añadir los de Celia Brading, Alejandra Moreno y Analisa Polosa. Las ideas de los historiadores David Brading y Mónica Quijada han sido, por otra parte, esenciales para este escrito. Por último, quiero dar mis más sinceras gracias a la licenciada Guadalupe Lazo, quien nos hizo —y en particular me hizo— querer a México, con su buena disposición e inagotable optimismo, y a la antropóloga Margarita Zárate, la amiga que siempre todos esperamos encontrar al otro lado del Atlántico. Todas las opiniones expresadas en este trabajo, sin embargo, son responsabilidad mía.

- AAW
1994. *Museo del Pueblo Maya de Dzibilchaltún*, México, INAH-Salvat.
- Alcina Franch, José
1995. *Arqueólogos o Anticuarios*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Anderson, Benedict
1991. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2a. ed., Londres, Verso.
- Arnold, B.
1990. "The past as propaganda: totalitarian archaeology in Nazi Germany", en *Antiquity* 64, pp. 464-478.
- Atkinson, J.A., I. Banks y J. O'Sullivan (eds.)
1996. *Nationalism and Archaeology*, Glasgow, Cruithne Press.
- Bernal, Ignacio
1980. *A History of Mexican Archaeology*, Nueva York, Thames and Hudson.
- Bollmus, R.
1979. *Das Amt Rosenberg und seine Gegner*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt.
- Bonavia, Duccio
1984. *Approaches to the Archaeological Heritage*, en Henry Cleere (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, pp. 109-115.
- Brading, David
1973. *Los Orígenes del Nacionalismo Mexicano*, México, Sep-Setentas.
- 1988a. "Mito y Profecía en la Historia de México", en *Vuelta*, México.
- 1988b. "Manuel Gamio and Official Indigenismo in Mexico", en *Bulletin of Latin American Research* 7(1), pp. 75-89.
1991. *The First America. The Spanish Monarchy. Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press.
1994. "Nationalism and State-Building in Latin American History", en *IberoAmerikanisches Archiv* 20 (1-2), pp. 83-108.
- Bray, W. y I.C. Glover
1987. "Scientific investigation or cultural imperialism: British archaeology in the Third World", en *Bulletin of the Institute of Archaeology* 24, pp. 109-125.
- Breuilly, J.
1982. *Nationalism and the State*, Manchester.
- Bunge, C.O.
1910. *Nuestra Patria. Libro de Lectura para la Educación Nacional. Lecturas para 5º y 6º grados de las Escuelas Primarias*, Buenos Aires, Estrada.
- Cabrera Pérez, Leonel y Ma. del Carmen Curbelo
1992. *Patrimonio y Arqueología en el Uruguay: hacia el Reconocimiento de un Pasado Olvidado*, en G. Politis (ed.), pp. 45-56.
- Chávez, Sergio J.
1992. "A methodology for studying the History of Archaeology: an Example from Peru (1524-1900)", en Jonathan E. Reyman (ed.), *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*, Avebury, Aldershot, Worldwide Archaeology Series, pp. 35-49.
- Chernykh, E.N.
1995. *Postscript: Russian archaeology after the collapse of the USSR infrastructural crisis and the resurgence of old and new institutions*, en Ph. Kohl y C. Fawcett, pp. 139-148.
- Clark, J.G.D.
1957. *Archaeology and Society*, 3a. ed., Londres, Methuen.
- Dagget, Ricard E.
1992. "Tello, the Press and Peruvian Archaeology", en Jonathan E. Reyman (ed.), *Rediscovering our Past: Essays on the*

History of American Archaeology, Avebury, Aldershot, pp. 191-202.

•Daniel, G. E.

1975. 150 Years of Archaeology, Londres, Duckworth [traducido como *150 Años de Arqueología*, México, FCE].

•Díaz-Andreu, M.

1993. "Theory and ideology: Spanish archaeology under the Franco regime", en *American Antiquity* 67, pp. 74-82.

1996. "Constructing identities through culture. The past in the forging of Europe", en S. Jones, C. Gamble y P. Graves (eds.), *European Communities: Archaeology and the Construction of Cultural Identity*, Londres, Routledge, pp. 48-61.

1997. "Prehistoria y Franquismo", en G. Mora & M. Díaz-Andreu (eds.), *La Cristalización del Pasado. Génesis y Desarrollo del Marco Institucional de la Arqueología en España*, Madrid y Málaga, Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga, pp. 547-552.

1998a. "Nationalism, ethnicity and archaeology. The archaeological study of Iberians through the looking glass", en *Journal of Mediterranean Studies*.

1998b. "Ethnicity and Iberians. The archaeological crossroads between perception and material culture", en *European Journal of Archaeology* 1(2).

•Díaz-Andreu, M. y T. Champion

1996. "Introduction", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, Londres, UCL Press, pp. 1-23.

•Díaz-Andreu, M. y Champion, T. (eds.)

1996. *Nationalism and Archaeology in Europe*, Londres, UCL Press.

•Duncan, Carol

1995. *Civilizing Rituals. Inside Public Art Museums*, Londres, Routledge.

•Eco, Umberto

1992. "Interpretation and history", en Stephan Collini (ed.), *Umberto Eco. Interpretation and Overinterpretation*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 23-43.

1994. *The Limits of Interpretation, Bloomington e Indianápolis*, Indiana University Press.

•Evans, C. y B.J. Meggers

1973. "United States 'imperialism' and Latin American archaeology", en *American Antiquity* 38, pp. 257-258.

•Fernández Leiva, Omar

1992. *Desarrollo del Pensamiento Arqueológico en Cuba*, en G. Politis (ed.), pp. 33-44.

•Fitzgerald, Carlos M.

1994. *Panama: Archaeology, Archaeologists and Recent Developments*, en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 90-103.

•Florescano, Enrique

1988. *Memoria Mexicana*, México, FCE.

1997. *Etnia, Estado y Nación*, México, Aguilar.

•Fowler, Don D.

1987. "Uses of the past: archaeology in the service of the state", en *American Antiquity* 52(2), pp. 229-248.

•Funari, Pedro

1992. *La Arqueología en Brasil: Política y Academia en una Encrucijada*, en G. Politis (ed.), pp. 57-69.

1996. "A arqueologia de Palmares. Sua contribuição para o conhecimento da história da cultura afro-americana", en João José Reis e Flávio dos Santos Gomes (eds.), *Liberdade por um Fio*, São Paulo, Campanha das Letras.

1997. "Contribuições da Arqueologia para a interpretação do Quilombo dos Palmares", Mesa Redonda Arqueologia

e Escravidão: Problemas e Perspectivas, s/e.

1998. *Destruction and Conservation of Cultural Property in Brazil: Academic and Practical Challenges*, Comunicación para presentar en el World Archaeological Congress, Inter-congress on the Destruction and Conservation of Cultural Property, Croatia, mayo 1998, s/e.

• Gamio, Manuel
1916. *Forjando Patria*, México, Porrúa.

• Gassón, Rafael y Erika Wagner
1994. *Venezuela: Doctors, Dictators and Dependency (1932 to 1948)*, en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 124-136.

• Gellner, Ernest
1983. *Nations and Nationalism*, Oxford, Basil Blackwell.

• Gilman, A.
1995. "Recent trends in the archaeology of Spain", en K. Lillios (ed.), *The Origin of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, Ann Arbor, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series 8, pp. 1-6.

• Gooke, Ricard G.
1984. *El Rescate Arqueológico en Panamá: Historia, Análisis y Recomendaciones*, Panamá, Instituto Nacional de Patrimonio Histórico (Colección El Hombre y su Cultura, 2).

• Guidi, Alexandro
1988. *Storia della Paletnologia*, Roma, Laterza.

1996. "Nationalism without a nation: the Italian Case", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), pp. 108-118.

• Hastings, Adrian
1997. *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge, Cambridge University Press.

• Himmelman, Nikolaus
1976. "Die Antike in der Ideologie des nationalistischen Staates", en *Utopische Vergangenheit. Archäologie und Moderne Kultur*, Mann, Berlín, pp. 119-130.

• Hobsbawm, Eric J.
1990. *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press.

• Holl, A.
1990. "West African archaeology: colonialism and nationalism", en P. Robertshaw (ed.), *A History of African Archaeology*, Londres, James Currey, pp. 296-308.

• Hroch, Miroslav
1985. *Social Preconditions of National Revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.

• Jaramillo, Luis Gonzalo y Augusto Oyuela-Caycedo
1994. *Colombia: a Quantitative Analysis*, en A. Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 49-68.

• Jones, Sian
1997. *The Archaeology of Ethnicity*, Londres, Routledge.

• Kedourie, Elie
1988. *Nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

• Kohl, Philip
1993. "Nationalism, politics and the practice of archaeology in Soviet Transcaucasia", en *Journal of European Archaeology* 1, pp. 181-189.

• Kohl, Philip y Clare Fawcett (eds.)
1995. *Nationalism, Politics and the Practice of Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press.

• Kristiansen, K.
1992. "The strength of the past and its great might: an essay on the use of the past", en *Journal of European Archaeology* 1, pp. 3-32.

- Leerssen, Joep
1996. "Around the Union: patriotism into nationalism", en *Remembrance and Imagination*; Cork, Cork University Press y Field Day, pp. 8-32.
- López Mazz, José M.
1992. "La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: el caso uruguayo", en G. Politis (ed.), pp. 167-175.
- Lorenzo, José Luis
1982. "Archaeology south of the Rio Grande", en *World Archaeology* 13, pp. 190-208.
- 1986. *La arqueología mexicana y los arqueólogos norteamericanos*, México, Departamento de Prehistoria, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1997. "La arqueología mexicana como monopolio del Estado", en G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.), pp. 739-746.
- Losemann, V.
1977. *Nationalsozialismus und Antike*, Hamburgo, Hoffmann & Campe.
- Mamami Condori, Carlos
1989. "History and prehistory in Bolivia: what about the Indians?", en Robert Layton (ed.), *Conflict in the Archaeology of Living Traditions*, Londres, Unwin Hyman, pp. 46-59.
- Matos Mendieta, Ramiro
1994. "Peru: some comments", en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 104-123.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1988. *Obras Maestras del Templo Mayor*, México, Fomento Cultural Banamex.
- 1990. *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, Nota a la edición facsimilar, sin paginar, México, INAH.
- 1993. *Tríptico del Pasado. Discurso de Ingreso*, México, Colegio Nacional.
- McGuire, Randall H.
1992a. "Archaeology and the first Americans", en *American Anthropologist* 94, pp. 816-836.
- 1992b. *A Marxist Archaeology*, San Diego, Academic Press.
- McVicker, Donald E.
1992. "The matter of Saville: Franz Boas and the anthropological definition of archaeology", en Jonathan E. Reyman (ed.), *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*, Avebury, pp. 145-160.
- Mora, G. y M. Díaz-Andreu (coords.)
s/f. *La Cristalización del Pasado. Génesis y Desarrollo del Marco Institucional de la Arqueología en España. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid y Málaga, Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga.
- Oyuela-Caycedo, Augusto
1994. "Nationalism and archaeology: a theoretical perspective", en A. Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 3-21.
- 1994. *History of Latin American Archaeology*, Avebury, Aldershot, Worldwide Archaeology Series.
- Patterson, T.
1986. "The last sixty years: toward a social history of Americanist archaeology in the United States", en *American Anthropologist* 88, pp. 7-26.
- Phelan, James
1960. "Neo-Aztecism in the Eighteenth century and the Genesis of Mexican Nationalism", en Stanley Diamond (ed.), *Culture in History, Essays in Honour of Paul Radin*, Nueva York, pp. 760-770.
- Politis, Gustavo (ed.)
1992. *Arqueología en América Latina Hoy*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular.

1995. "The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America", en Peter J. Ucko (ed.), *Theory in Archaeology. A World Perspective*, Londres, Routledge, pp. 197-228.
- Podgorny, Irina
1995. "De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el periodo 1890-1918", en *Runa XXII*, pp. 89-104.
1996. "Un conflicto académico relacionado con la institución de la ciencia en la Argentina de los años veinte", en *Ciencia Hoy* 6(34), pp. 60-64.
1997. "¿A quién entregar las reliquias nacionales? La organización del Museo de La Plata, Argentina, entre 1880 y 1916", en G. Mora y M. Díaz-Andreu, pp. 747-754.
- Podgorny, Irina y Gustavo Politis
1990-1992. "¿Qué sucedió en la historia? Los esqueletos araucanos del Museo de La Plata y la Conquista del Desierto", en *Arqueología Contemporánea* 3, pp. 73-79.
- Quijada Mauriño, Mónica
1994a. "De la Colonia a la República: inclusión, exclusión y memoria histórica en Perú", en *Histórica XVIII*(2), pp. 365-382.
- 1994b. "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX", en Francois-Xavier Guerra y Mónica Quijada (eds.), *Imaginar la Nación* (Cuadernos de Historia Latinoamericana 2), pp. 15-51.
1996. "Los 'incas arios': historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX", en *Histórica XX*(2), pp. 243-269.
- Reyman, Jonathan E. (ed.)
1992. *Rediscovering Our Past: Essays on the History of American Archaeology*, Avebury, Aldershot.
- Rivera, Mario A. y Mario Orellana
1994. "Chile: Institutional Development and Ideological Context", en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 36-48.
- Rowlands, Michael
1998. "Black identity and sense of past in Brazilian national culture", en P. Funari, S. Jones y M. Hall (eds.), *Back from the Edge. Archaeology in History*, Londres, Routledge.
- Schávelzon, Daniel
1988. "Las excavaciones en Zaculeu (1946-1950): una aproximación al análisis de la relación entre arqueología y política en América Latina", en Nicholas J. Saunders y Olivier Montmollin (eds.), *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology* I, BAR, Oxford, International Series 421 (1), pp. 167-190.
- Schmitz, Pedro Ignacio
1994. "Brazil: Tendencies and Growth", en A. Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 22-35.
- Schnapp, Alain
1977. "Per una discussione sul classicismo nell'età dell'Imperialismo, IV: Archéologie et nazisme", en *Quaderni di Storia* 5, pp. 1-26.
1980. "Archéologie et Nazisme (II)", en *Quaderni di Storia* 11, pp. 19-33.
1993. *The Discovery of the Past*, Londres, British Museum Press.
- Shnirelman, V.A.
1996. "The faces of nationalist archaeology in Russia", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), pp. 218-242.
- Sklenár, B.
1993. "The history of archaeology in Czechoslovakia", en G. Daniel (ed.), *Towards a History of Archaeology*, Londres, Thames & Hudson, pp. 150-158.

- Slapsak, B.
1993. "Archaeology and the contemporary myths of the past", en *Journal of European Archaeology* 1, pp. 191-195.
- Smith, Anthony
1988. "The myth of the 'Modern Nation' and the myths of nations", en *Ethnic and Racial Studies* 11, pp. 1-26.
- 1994. "The politics of culture: ethnicity and nationalism", en T. Ingold (ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology*, Londres, Routledge.
- 1997. "The 'Golden Age' and national renewal", en Geoffrey Hosking y George Schöpflin (eds.), *Myths and Nationhood*, Londres, Hurst, pp. 36-59.
- Sorensen, Marie Louise
1996. "The fall of a Nation, the Birth of a Subject: the National use of Archaeology in Nineteenth-Century Denmark", en M. Díaz-Andreu y T. C. Champion (eds.), pp. 24-47.
- Steward, Julian
1950. *Area Research. Theory and Practice*, Nueva York, Social Sciences Research Council.
- Torelli, Mario
1991. "Archeologia e fascismo", en J. Arce y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 243-249.
- Trigger, Bruce G.
1984. "Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist", *Man* 19, pp. 355-70.
- Vargas Arenas, Iruia
1997. "La institucionalización de la arqueología en Venezuela", en G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.), pp. 755-762.
- Vasco Uribe, Luis Guillermo
1992. "Arqueología e identidad: el caso guambiano", en G. Politis (de.), pp. 176-191.
- Vázquez León, Luis
1994. "Mexico: the Institutionalization of Archaeology, 1885-1942", en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 69-89.
- 1996. *El Leviatán Arqueológico. Antropología de una Tradición Científica en México*, Leiden, Research School CNWS.
- Veit, U.
1988. "Ethnic concepts in German prehistory: a case study on the relationship between cultural identity and archaeological objectivity", en S. Shennan (ed.), *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, Londres, Unwin Hyman, pp. 35-56.
- Wilk, R.
1985. "The ancient Maya and the political present", en *Journal of Anthropological Research* 41, pp. 305-326.
- Wiwjorra, I.
1996. "German archaeology and its relation to nationalism and racism", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), pp. 164-188.